

LA DIMENSION INTERNACIONAL DE LA OBRA DE JULIO C. TELLO

John V. Murra
Universidad de Cornell, Ithaca

En este año centenario del nacimiento del insigne arqueólogo, es grato recordar que ya en vida su obra fue reconocida y apreciada tanto en su patria como en el exterior. Si consultamos las dos notas biográficas sustanciales publicadas inmediatamente después de su muerte (Mejía 1948, Lothrop 1948)¹, veremos que sus ideas acerca del desarrollo cultural de las sociedades andinas recibieron temprana atención profesional y amplia aclamación popular. Pocos profetas han tenido un éxito tan inmediato en su propia tierra...

En 1909, el recién egresado doctor en medicina recibió una beca de ampliación de estudios otorgada por el primer gobierno de Leguía. Es notable esta inversión nacional en el futuro de un investigador que decidía dedicarse a una disciplina que entonces no existía a nivel profesional en ninguna parte del mundo. En los últimos veinte años ¿cuántos arqueólogos se han beneficiado de tales becas nacionales?.

El Museo Peabody, donde el Dr. Julio C. Tello fue a hacer sus estudios de antropología, era en 1909 una institución de investigación, parte muy autónoma de la Universidad de Harvard. Dirigido por Frederick W. Putnam, el Museo estaba y está todavía dedicado a la "historia natural"; la antropología era y es concebida como vecina y aliada de ciencias como la botánica o la geología. Los cursos que se ofrecían en sus laboratorios eran seguidos por otros jóvenes formados en biología y con experiencia clínica y de trabajo de campo. La

1. La revista sólo publicó una primera parte, la segunda fue añadida a una publicación privada hecha por el autor. Bibliografía de Tello preparada por Julio Espejo Núñez.

importancia que Tello concedió siempre al factor geográfico² en el logro del hombre andino, recibió confirmación en el ambiente de historia natural donde siguió sus primeros cursos profesionales de antropología.

Hay otra influencia más que afectó al joven becario: Putnam, fue un gran organizador de instituciones y, siendo el primer norteamericano en ofrecer un curso formal de antropología, no se contentó con promoverla en su propia universidad. Ayudó a la creación de otros museos de ciencias naturales en Chicago, Nueva York o Berkeley, asegurando así la presencia de la nueva disciplina. Para formar a los investigadores, importaba especialistas del exterior cuando faltaban los nacionales. Putnam, quien en su juventud había colaborado con Lewis H. Morgan, en su vejez patrocinó la inmigración a los EE.UU. de investigadores como Franz Boas y Ales Hrdlicka, a quienes protegió durante largos y difíciles años de adaptación en un país donde en la época no había tradición de estudios de posgrado y donde en 1909 los departamentos de antropología no llegaban a tres y los profesionales de la disciplina a diez.

La organización de la historia natural que Tello encontró a su llegada reforzó y validó concepciones que él llevaba desde Huarochirí y San Marcos, cuando todavía ayudaba a don Sebastián Barranca a recopilar tanto material óseo y plantas cultivadas o silvestres, como vocabularios del Kauki hablado en Tupe. A diferencia de Europa, donde la arqueología, la lingüística o la etnología de la época había crecido como inquietudes separadas, adscritas a distintas Facultades, el Museo Peabody, siendo de historia natural, las trataba como facetas, como tácticas coordinadas de una misma estrategia: el mejor conocimiento de las civilizaciones americanas. Las tareas antropológicas, aparentemente tan distintas entre sí, debían su convergencia en el Museo Peabody o en el Perú al hecho que todas tenían un solo tema principal: el hombre americano. Aunque en los actos conmemorativos de su centenario, Tello el arqueólogo recibió casi exclusivamente la atención de los participantes, es menester recordar que muchas revistas creadas y dirigidas por él (*Inca*, *Chaski*, *Wirakocha*, etc.) publicaron artículos de etnología, lingüística, folklore e historia, escritos tanto por Tello mismo³ como por sus colaboradores más cercanos.

2. Hoy día llamaríamos a esta dimensión "ecológica"; ver Tello 1939, Murra 1975: 96-97.

3. Por ejemplo, el estudio "Wira Kocha", publicado en el T.I. de la revista *Inca* (1923).

La tesis que Tello presentó para obtener su maestría en antropología en el Museo Peabody trató de la trepanación craneana, tema que ligaba al médico y al arqueólogo, al natural de Huarochiri (de donde procedían casi todos los cráneos) con el conservador honorario del Museo de Harvard, nombramiento del que Tello gozó por el resto de su vida. En su testamento, recordaba Tello a la universidad que lo había recibido y orientado; en las colecciones del Museo Peabody hay especímenes que él proporcionó.

Antes de terminar esta primera sección, es indispensable notar que en el Museo Peabody Tello conoció a toda una generación de estudiosos, mayormente arqueólogos, que más tarde se dedicarían al estudio de las altas civilizaciones del hemisferio, la mayoría de ellos en Meso-América, aunque algunos lo acompañarían en los Andes. Aquí mencionaré sólo a don Samuel K. Lothrop, quien lo acompañó en las excavaciones de Paracas y, después de 1947, se dedicó a buscar la financiación que permitiera la edición de parte de su legado bibliográfico (Lothrop 1953).

II

Los que hemos asistido a recientes Congresos Internacionales de Americanistas, con frecuencia quedamos decepcionados con la atmósfera de feria, por la muchedumbre, en su gran mayoría turistas y aficionados, que hace imposible seguir los debates y afecta también el carácter de las ponencias. Pero a principios de siglo estos congresos eran reuniones de profesionales, que se citaban alternadamente en las Américas y en Europa, ocasiones extraordinarias que permitían, antes de la existencia del correo aéreo, ponerse al día en las investigaciones, promover o participar en debates de los grandes temas americanistas, planear publicaciones. Los largos viajes de ida y vuelta por mar, presumían amplias inversiones de tiempo y dinero: uno economizaba y se sacrificaba para poder asistir. Empezando en Londres en 1912 y después en Roma o Nueva York, Tello participaba en estos certámenes, informando a la opinión profesional del mundo entero de la importancia que él atribuía a Chavín, a los mantos de Paracas, o a la nueva secuencia de culturas andinas que surgía de sus investigaciones.

Culmina esta participación internacional en el XXVII Congreso Internacional de Americanistas, convocado en Lima en 1939, en vísperas de la segunda guerra mundial, con la participación de Max Uhle. El informe que Tello presentó a este congreso —largo como informe, pero corto como libro— resume lo que su

autor había aprendido en los treinta años desde que hiciera su debut internacional en Harvard. Este informe, probablemente la mejor presentación sucinta de sus ideas acerca del desarrollo de las culturas andinas, merece reedición cuidadosa y anotada en este año centenario.

Todavía me acuerdo de la falta que nos hizo el Dr. Tello en el congreso de 1947. Entre los que ya en esa época nos dedicábamos al estudio del mundo andino, la ausencia de Tello implicaba que la única voz andina que se oyó fue la de don Jacinto Jijón y Caamaño, y éste lamentaba la imposibilidad de debatir con su autor el artículo publicado en *American Antiquity* (Tello 1943).

III

Es muy conocida la insistencia de Julio C. Tello acerca de la importancia generativa de Chavín como “cultura matriz en los Andes”. Pero se oye con menos frecuencia la observación que el desarrollo de este concepto por Tello en los años 20 influyó veinte años más tarde la percepción que surge en Mesoamérica del fenómeno Olmeca.

En la mesa redonda de antropología mexicana, reunida en Tuxtla Gutiérrez, en el estado de Chiapas, en 1942, se habló de lo Olmeca ya no como una notable cultura más, sino como una manifestación fundamental que liga lo Maya con las culturas serranas de Morelos y Guerrero, las zonas cálidas de Veracruz y Tabasco con el altiplano Tolteca. Los tempranos entusiastas de los olmecas, como Covarrubias o Piña Chan, eran conscientes de las hipótesis del Dr. Tello. El papel de una “cultura matriz” y los posibles contactos entre lo Olmeca y Chavín fueron temas de debate en vida de Tello y siguen siéndolo hasta hoy (Henderson 1979). En el simposio sobre correlaciones andino-mesoamericanas reunido en 1971, en Salinas-Ecuador, como también en el seminario comparativo convocado por Angel Palerm, en México, en 1972, los participantes provenientes de las repúblicas andinas, tuvieron la oportunidad de evaluar la situación actual de estas interrogantes básicas en la antropología americanista.

IV

Durante la gran crisis económica de los años 30, cuando se hacía más difícil obtener fondos para la investigación, Tello regresó a los EE.UU. Visitó no sólo el Museo Peabody, sino que hizo un recorrido por todo el país, donde los

museos habían aumentado y los departamentos de antropología se habían triplicado desde 1909. En todas partes, además de explicar los nuevos hallazgos y sus alcances, Tello predicó la necesidad de coordinar esfuerzos tanto entre las diversas tácticas antropológicas, como entre las instituciones dedicadas al americanismo.

En un informe al rector de la Universidad de San Marcos —Dr. Solf y Muro— escrito después de su regreso, dijo el Dr. Tello:

“La cátedra de arqueología en nuestras universidades cuenta con pocos estudiantes, los que siguen esta disciplina (lo hacen) como un mero complemento o adorno de su cultura humanista y no para adquirir conocimientos de aplicación práctica (...) no adquieren la preparación científica preliminar indispensable para seguir con éxito la carrera arqueológica.(...) Este hecho contribuye a mantener el predominio del empirismo en el estudio e investigación y la indiferencia en lo que respecta a la conservación y protección de las reliquias arqueológicas.

La experiencia que he adquirido en treinta años de labor arqueológica en el Perú y en el extranjero me lleva al convencimiento de que el Museo y la cátedra (...) no pueden llenar eficientemente su alta misión de *conservar, investigar y enseñar* los hechos y sucesos de la antigüedad, que constituyen la herencia intelectual de la Nación, si no cuentan con un personal científicamente preparado y con el apoyo económico que ellos requieren.”

Más adelante, en el mismo informe, añadió:

“... mi reciente viaje a los EE.UU., y cumpliendo con la comisión que me confiara la Universidad de informarme del estado de los conocimientos y de la enseñanza de la Arqueología en dicho país, busqué la colaboración y consejo de las personas que tienen a cargo las instituciones arqueológicas y antropológicas (...) Después de visitar las principales Universidades y Museos y de cambiar ideas con sus directores sobre la conveniencia de aunar esfuerzos en pró del avance de los estudios americanistas (los convoqué) a una reunión, la que se verificó el 13 de octubre del año pasado (1936) en el Museo de Historia Natural de New York. Aquí presenté a la consideración de los americanistas un plan de fundación del *Institute for Andean Research* (Instituto de Investigaciones Andinas) que tuviera como finalidad fomentar, dirigir y coordinar las investigaciones sobre la región andina, en arqueología, etno-

logía, antropología física, lingüística y otras materias anexas, comprendiéndose como región andina la extensa área del Tawantinsuyo...”

Entre los co-organizadores con trayectoria andina encontramos a Alfred L. Kroeber, quien ya en 1926 había colaborado con Tello en el estudio de las culturas costeñas; a su viejo amigo Samuel K. Lothrop y el joven Wendell C. Bennett, secretario del flamante Instituto, cuyas excavaciones en tierra Cañari, en Chavín y en Tiwanaku, siguen citándose hasta hoy.

Una de las primeras actividades del recién creado Instituto fue la organización, con un subsidio de dos mil dólares de aquella época, de una expedición que, según Tello, estaba:

“... destinada a explorar por cuatro o cinco meses la vertiente oriental de los Andes, esto es, las hoyas del Alto Marañón y Huallaga, del Mantaro y Apurímac, regiones éstas de grandes perspectivas arqueológicas donde, en otras oportunidades, he encontrado huellas manifiestas de culturas muy viejas y que, en mi concepto, son los troncos originarios de los cuales se han derivado las culturas posteriores de la Sierra y de la Costa...”

Entre los becarios internacionales de este estudio hay personas que hasta hoy siguen activas en las investigaciones andinas, como el Dr. Donald Collier, del Museo Field de Historia Natural de Chicago.

En 1941 surge la oportunidad de ampliar las actividades del Instituto; los nuevos fondos provienen de los presupuestos destinados a la lucha contra el nazismo, cuyo administrador era Nelson Rockefeller. Ingresaron nuevos miembros: Duncan Strong, alumno de Kroeber y ahora profesor de Columbia; Junius Bird, del Museo de Historia Natural de Nueva York, y Alfred Kidder II, Investigador en Pukara. Los organizadores elaboraron doce proyectos, la mayoría de ellos dedicados a excavaciones ya no sólo en la región andina, sino también en Mesoamérica y en partes del Caribe. Nos interesa ahora sólo el proyecto No. 8, co-dirigido por Julio C. Tello y Samuel K. Lothrop, ya que difiere de todos los demás: no se trata de financiar nuevas Investigaciones sino de consolidar algo que los co-directores habían iniciado en Paracas unos quince años antes. Tanto Tello como sus colaboradores eran conscientes de que las hipótesis enunciadas desde 1919, la creación de múltiples revistas y museos, no habían sido respaldadas por la publicación de monografías técnicas que descri-

bieran cada excavación, y fueran acompañadas de análisis de laboratorio. El proyecto 8 tenía como objetivo proporcionar ayuda de auxiliares que permitieran completar las monografías.

En aquel año de guerra, firman Julio C. Tello y S.K. Lothrop, a nombre del Instituto de Investigaciones Andinas, un contrato para publicar el material que describía las excavaciones de Paracas. El primer tomo debía reproducir las láminas, el segundo ofrecer los detalles de lo encontrado en Cavernas y en Necrópolis y un tercero analizar las relaciones culturales entre los materiales de Paracas y los de civilizaciones más tardías, tanto de la Costa como de la Sierra. Pero al morir el Dr. Tello, en 1947, la imprenta no había recibido sino 17 páginas para acompañar las láminas del tomo I. Sólo en 1959 se logró la edición de esta primera parte, a cargo del ex-subdirector del Museo Nacional de Arqueología, don Toribio Mejía Xesspe. El segundo, un tomo de unas 500 páginas editado conjuntamente por la Universidad de San Marcos y el Instituto que Tello fundara en 1936, está listo para su distribución desde junio de 1979.

Vale la pena mencionar aquí que, sólo cuatro días antes de morir, en 1947, Julio C. Tello decía en su testamento, lo siguiente:

“Es del dominio público que he dedicado la mayor parte de mi vida al estudio de las culturas aborígenes del Perú (...) contribuí con todas mis facultades al esclarecimiento y determinación de la antigüedad y contenido de nuestras civilizaciones autóctonas.

Comprendo que he realizado sólo una mínima parte de mis aspiraciones. Espero que otros hombres las completarán. Entretanto (...) creo haber rendido merecido tributo en homenaje al genio creador del aborigen peruano, base de nuestra nacionalidad.

No obstante mi empeño, no me ha sido posible analizar y estudiar de manera definitiva todo el inmenso material descubierto y acumulado durante largos años de labor (...) El público conoce sólo una parte mínima de ellos.

Por fortuna mis colaboradores inmediatos, particularmente la Dra. Rebeca Carrión Cachot y el Sr. Toribio Mejía Xesspe los conocen en toda su amplitud y contenido, conforme a los respectivos inventarios, apuntes, dibujos y memorias explicativas en cuya preparación han prestado sus servicios con desinterés, capacidad y lealtad.”

El hecho que Julio C. Tello insistiera en el autoctonismo de la civilización andina no quiere decir que rechazara contactos e influencias de otras partes del continente americano. La distribución panamericana del algodón, del maíz y de otros cultivos indican que tales contactos existieron a través de la historia. Pero el conjunto andino se elaboró en el crisol de la experiencia milenaria que las poblaciones del mundo andino lograron en esta región —un hecho que nos parece obvio hoy pero cuya formulación cabal debemos a Tello.

Es notable la falta de chauvinismo, tanto en sus escritos como en las revistas que Tello editó a través de los años. Cuando Max Uhle regresó al Perú para participar en el Congreso de Americanistas de 1939, Tello lo recibió como a un colega de quien le separaban discrepancias profesionales pero cuyos méritos en el campo andino no se ponían en duda. Es Alberto Tauro quien nos ofreció una impresión del octogenario alemán, detenido en el Perú por la segunda guerra mundial.

“... la respetuosa simpatía que sus trabajos concitaban y el conocimiento de los avances logrados (...) debieron parecerle anuncios de la proyección que el tiempo reservaba a sus obras. E inclinándose a destacar los contornos de su magisterio, en sus últimos años se le vio aferrarse a concepciones ya superadas. Quizá se labró así una espléndida soledad.” (Tauro 1969: 7).

Esperando su repatriación a Berlín, junto con los diplomáticos nazis, Uhle participaba en las reuniones de la Sociedad Peruana de Arqueología, presidida por Tello, y cuyo secretario era el Dr. Luis E. Valcárcel. En las Actas publicadas en la revista *Chaski*, oímos la voz del anciano investigador comentando las ponencias ofrecidas.

Más delicada y sutil fue la relación que ligaba a Julio C. Tello con Alfred L. Kroeber, casi el único de sus asociados arqueólogos mayor que él. A principios de siglo, Kroeber había sido otro de los protegidos de Putnam, como organizador del departamento de antropología y del museo de Berkeley, en California, había heredado las bellas colecciones reunidas por Max Uhle en las costas andinas. Buen conocedor del material costeño, Kroeber se había familiarizado en 1926 con las ideas de Tello en los estudios que habían emprendido conjuntamente en la costa. Diez años más tarde, Kroeber respaldó enérgicamente los

planes de Tello para fundar el Institute of Andean Research y aceptó ser su primer presidente. En 1942, Kroeber regresó a los Andes, pasando gran parte de su estadía en compañía de Tello, asociación que mencionó agradecido en varias partes de su informe, *Peruvian Archaeology in 1942*, publicado dos años más tarde. Es una obra que merece ser traducida a pesar de los años que han transcurrido. Como en la fecha era muy limitado el trabajo monográfico publicado, Kroeber se encontró en la ambivalente posición de alguien muy atraído por la explicación que se le ofrece y, a la vez, escéptico, ya que en 1942 no había manera de verificar independientemente estas explicaciones.

Dice Kroeber.

“El que verdaderamente desarrolló el concepto de una cultura (...) o una influencia Chavín fue Tello, quien visitó el asentamiento de este nombre durante su primera expedición independiente (1919) y lo revisitó varias veces después (...) Se debe a su energía el hecho de que casi todas las esculturas principales encontradas hasta 1944 pueden ser examinadas en Lima (...) Desde hace tiempo ya, Tello ha proclamado la primordialidad de Chavín...

Ha probado su aseveración en general: hubo una cultura temprana que legítimamente podemos llamar Chavín, ya que su estética al más alto nivel queda expresada en Chavín de Huántar. Sin decidir ahora (Kroeber escribe en 1944) dónde y cómo se originó esta cultura; su influencia tuvo gran extensión (...) Aunque su fecha todavía no está segura (1944 es antes del C14), todas las indicaciones repiten que fue temprana, precediendo a Tiwanaku, Mochica o Nazca. Todo esto se lo debemos a Tello; tanto el concepto, como la mayoría de los hallazgos que lo confirman, son sus descubrimientos.

Todo esto representa evidencia múltiple pero tenue. Tendría más peso si Tello publicara una selección representativa, aunque sea parcial, de sus descubrimientos en Nepeña, Casma, Paracas y otras partes...

Su posición es de alguna manera parecida a la de Schliemann (descubridor de Troya) en la arqueología del Cercano Oriente. Como Schliemann, goza Tello de una energía extraordinaria, de una percepción intuitiva, con un don para hacer hallazgos sorprendentes y de tejerlos en síntesis constructivas. Como Schliemann, usa la evidencia que a él le parece significativa. El fundamento de tal selección no está pormenorizada por escrito. Pero en detalle técnico, sus elaboraciones no siempre son convincentes, ya que Tello es impaciente cuando se trata de descripciones detalladas.

Sugiero (continúa Kroeber) que existe un nivel en el cual podríamos ponernos de acuerdo. Si Tello publicara sus datos originales, por impreso, en publicaciones técnicas, con sus ilustraciones detalladas, creo yo que gran parte de sus postulados serían aceptados sin mayor debate, en lugar de las dudas que ahora los acompañan, cuando insiste en que se acepte todo un conjunto de interpretaciones que se reciben con duda. Si temporalmente Tello pospusiera su insistencia sobre todo un sistema y se dedicara a presentar en detalle sus datos primarios, quedará sorprendido de la facilidad con la cual será aceptado gran parte de su sistema..." (Kroeber 1944: 82, 92-93)

Afortunadamente, los "materiales primarios" que solicitaba Kroeber han ido publicándose después de 1947. La Comisión Editora de las monografías que faltaban, presidida por el Dr. Luis E. Valcárcel, contó con la sacrificada labor del catedrático de arqueología de la Universidad de San Marcos, don Toribio Mejía Xesspe. Durante los últimos veinticinco años, este íntimo colaborador del Dr. Tello ha preparado cuatro monografías.

La primera fue *Arqueología del valle de Casma*, editada en 1956, todavía en vida de Kroeber. No hemos tenido acceso a los archivos del gran americanista de Berkeley, y no sabemos si los materiales detallados escogidos por Mejía para su publicación satisficieron el escepticismo de Kroeber. En 1959 apareció la segunda monografía póstuma: el ya mencionado primer tomo de *Paracas*.

En 1960, la Comisión Editora patrocinaba la edición de los materiales de Chavín, tan esperados en el país como en el exterior. Es una monografía que reúne materiales de diversas campañas en el terreno; con el artículo publicado en *American Antiquity* en 1943, forma la última palabra que tendremos y que coordine los datos con la interpretación autorizada del Dr. Tello.

En 1979 Toribio Mejía terminaba la preparación del segundo tomo de *Paracas* un minucioso examen de los entierros que se localizaron en Cavernas y Necrópolis (1925-1931), basado en sus libretas de campo. A continuación* publicamos una reseña de este informe, preparada por la experta en arte textil andino, Dra. Anne Paul. En un principio se había pensado en su publicación para 1980, la fecha del centenario del nacimiento de Julio C. Tello; por diversas razones, la publicación fue detenida y el libro dado a conocer sólo el 15 de abril de 1982. La Universidad de San Marcos y el Instituto de Investigaciones Andinas compartieron la financiación de esta publicación, continuando una colaboración iniciada en vida del maestro huarochirano.

* En este mismo número de *Historica*, pp.: 126.

BIBLIOGRAFIA

HENDERSON, John S.

- 1973 *Atapulo (Guerrero) and the Olmec Horizons in Meso-América*, Tale Publications in Anthropology, T. 77, New Haven.

KROEBER, Alfred L.

- 1944 *Peruvian Archaeology in 1942*, Viking Fund, New Yor.

LOTHROP, Samuel K.

- 1948 "Julio C. Tello", *American Antiquity*, XIV, 1.

- 1953 "Un recuerdo del Dr. Julio C. Tello y Paracas", *Revista del Museo de Arqueología* II, 1, Lima

MEJIA XESSPE, Toribio

- 1948 "Apuntes biográficos sobre el Dr. Julio C. Tello", *Revista del Museo de Arqueología* I, 2, Lima

MURRA, John V.

- 1975 *Formaciones económicas y políticas del mundo andino*, Instituto de Estudios Peruanos, Lima.

TAURO, Alberto

- 1969 "Nota preliminar" a Uhle 1969

TELLO, Julio C.

- 1939 "Origen y desarrollo de las civilizaciones prehistóricas andinas", *Actas*, XXVII Congreso Internacional de Americanistas, Lima.

- 1943 "Discovery of the Chavin Culture in Peru", *American Antiquity*, IX, 1; traducido en *Letras* IX, 26 (3er cuatrimestre de 1943, pp. 226 - 373), Universidad de San Marcos, Lima (versión ampliada).

UHLE, Max

- 1969 *Estudios sobre historia incaica*, Universidad de San Marcos, Lima.